

dor de la Europa, incendiada toda en guerras, nada alteraba en la Nueva España, y mucho menos en la Nueva Galicia, aquella sepulcral tranquilidad todavía á principios de 1810.

En tal época fácil es concebir cuál sería el rumor á que daría lugar un acontecimiento de esta clase. No se hablaba de otra cosa, no se saludaban las gentes sin comenzar por esta conversación. En los días que duró esta ruidosa causa, se preguntaban unas al encontrarse, cuál sería la suerte del desgraciado Rubio, otras se impacientaban de que no acabasen de ahorcar á un malvado de cuyos crímenes no se admiraban, "porque, decían, ¿qué se puede esperar nunca de un criollo por más ilustre que haya sido su padre?" Algunos pocos, temiendo comprometerse, se limitaban á preguntar los pasos que llevaba la causa, con un secreto deseo de que se salvara un hombre hasta entonces tan respetado y tan querido, y aun algunas jóvenes que delante de sus madres afectaban ver con horror la conducta de Rosa, allá entre sí se comunicaban sus deseos de ser amadas como ella; mas nadie se atrevía á manifestar interés por Eugenio, ni la desaprobación más indirecta de la conducta de una familia como la de la señora\*\*\* tan principal y á quien visitaban los canónigos, los oidores y el presidente de la audiencia. Un sólo hombre, hombre superior y de eleva-

dos sentimientos, oidor también y español, pero animado por estas dos valiosas circunstancias, tomó con calor la defensa de Eugenio, de cuyo padre había sido amigo verdadero; mas todos sus esfuerzos en el foro y fuera de él, se habían estrellado contra el torrente de una especie de furor con que se le condenaba.

En fin, al cabo de tres ó cuarto meses, en un lugar sagrado en que los criminales se despiden de la tierra para salir á la eternidad, y del que su elocuencia bienhechora había libertado á tantos, se veía un joven sentado en un rincón, de un semblante macilento, de unos ojos sombreados y hundidos, de una barba crecida. Unas manos largas y huesosas sostenían su cabeza. Su aspecto todo anunciaba la imagen del infortunio, más bien que de la maldad. Reclinábase de cuando en cuando sobre un sacerdote sentado á su lado. Este sacerdote era el confesor de Rosa, que el joven había perdido.

—Hijo mío, le decía, en esta hora terrible le queda al desgraciado el gran consuelo de la religión. Si los hombres no tienen piedad al aplicar la justicia, un Dios amoroso perdona la flaqueza humana, y paga con una dicha eterna, con una dicha inefable un sólo acto de arrepentimiento. Pero ¡qué lamentable sería que á la crueldad de los hombres, y á la agonía de un suplicio se



añadiese el interminable de la otra vida, por la mentira ó por la obcecación!

—Padre mío, yo no estoy obcecado, yo estoy arrepentido, pero no puedo negar mi crimen.

—¿Es pues, verdad, que lo habeis cometido?

—¿Acaso lo he negado desde la primera declaración? La justicia de los hombres ha hecho lo que debía: no debía perdonarme, ni yo se lo he pedido.

—Pero á lo menos decidme, ¿cómo os pudo tentar el enemigo para una acción tan atroz? ¿Qué pudo arrastraros á tal desgracia?

—Yo no acertaré á decirlo, padre mío; sólo sé que yo la maté, que la robé con violencia de su casa, y que irritado de su resistencia y de su desprecio, la sacrifiqué, la ví morir sin temblar, como el facineroso más endurecido, y al tratar de huir, fuí sorprendido por la justicia.

—Así lo habéis dicho constantemente en vuestras confesiones ante el tribunal de los hombres; pero yo no sé por qué tiemblo de dejaros ir ante el tribunal de aquel á quien no podemos engañar. Yo no comprendo cómo habéis sido sin piedad para sacrificar una persona que amábais, y no para saciar vuestros deseos: esa brutal y lamentable pasión que os arrojó á tanto horror, ¿cómo no os hizo triunfar antes de su debilidad? ¿Persistís en negarlo ante un

ministro indigno, del que no quiere más que vuestra confesión para abriros sus brazos?

—¡ Oh! no, padre mío, os lo repito, murió casta, pura, intacta como había vivido. En aquel momento no emprendí vencer su virtud, porque no era ya mi amor lo que la quería manifestar, sino mi venganza. Ciego en mi furor, levanté la mano y la derribé de un golpe, cuya horrorosa señal, y sus vestidos desgarrados, han confirmado mis confesiones á los ojos de la justicia. Perdonadme, padre mío: os suplico me dejéis solo hasta que os llame: tengo necesidad de reposo.

Apenas el sacerdote hubo salido, Eugenio, paseándose precipitado, se entregaba á toda la amargura de su llanto, á toda su desesperación, más infeliz, más apesadumbrado de la muerte de Rosa, que de la suya y de todas las desgracias que le sobrevinieron. No, Rosa, exclamaba: los hombres no marchitarán tu memoria: su planta no hollará tu sepulcro con desprecio. Tú moriste con la muerte de la virtud, y tú serás virtuosa á los ojos de tu madre y á los del mundo. Allá en la mansión de la verdad, tú eres pura, tú eres recibida por el Dios que te hizo, y que te hizo para amarme: allí serás un ángel intercesor por tu Eugenio que hoy te adora más que nunca: ven, Rosa, ven mañana al lugar de mi sacrificio para aceptarlo y conducirme al trono del



que ve el tamaño de mi amor: él nos dejará vivir juntos. Mañana..... mañana.... ¡oh muerte, cuánto tardas!.... Todavía otra noche.... ciento dieciocho noches de agonía.... tanto es preciso sufrir para volver á ver á Rosa.... En fin, soy feliz: ya no más una noche, y mañana á estas horas estaré contigo. Rosa, tu espíritu que sabía amar en la tierra, debe resplandecer con el fulgor del cielo. ¡Cuán feliz serás de verte tan amada, de comprender este amor, inmenso como la eternidad! ¡Cómo te empeñarás en pagármelo, cómo me acariciarás! nuestra ventura no será turbada por la vista de nuestros enemigos. No, allí no hay intereses sórdidos que sistemen una política atroz: allí no está el vil opresor: aquella es la patria de los que no la tienen en la tierra. ¡Gran Dios, todavía una noche! la más larga de todas....

En este momento la puerta de la prisión se abre precipitadamente: un oidor, por cuyas respetables mejillas ruedan lágrimas de júbilo, conduce á una señora vestida de negro, y cubierta con una mantilla: un gran rumor se oye por fuera, gentes de todas clases, distinguidas y plebeyas, llevadas por la admiración unas, y otras por el agradecimiento á su antiguo defensor, se agolpan con las demostraciones de un día de regocijo público. Todos lloran; pero vierten llanto de contento y de ternura, llanto de asombro al ver un espectro delante de sí. ¿Eres

tú, Eugenio? dice el oidor adelantándose. ¿Así has muerto antes de que te hiciesen morir? Muera yo ahora que he logrado un triunfo para la justicia, y pago un tributo á la memoria de un amigo. Era necesario ser tan elocuente como tú para salvarte; yo he clamado inútilmente contra la iniquidad, y en vano me he ofrecido responsable de tu inocencia. Hombres que no han amado, te condenaron: hombres que no comprenden el amor, no te comprendieron. Eugenio, ¡cuán grande eres! Eres la admiración de todos: cada uno de los habitantes de la ciudad habría sido feliz en dar su vida por salvar la tuya. Pero tú eras tu acusador, tu testigo, tu proceso; yo no te he creído, ni el confesor tampoco: hemos hecho registrar repetidas veces todas las casas y todos los muebles de la familia de esa joven desgraciada: conseguimos retardar la sentencia para registrar de nuevo: en fin, pronunciada la que te condenaba á muerte, la Providencia ha coronado nuestros afanes. Ella no podía dejar que se consumase la iniquidad. He aquí lo que buscábamos y estaba yo seguro de encontrar. Su Alteza la Real Audiencia, en vista de todo, ha declarado tu inocencia, ha revocado su acuerdo, y te manda poner en libertad.

El magistrado presenta el libro de devociones de Rosa, señalado por ella con un papel en que se hallaban escritas de su pu-



ño estas palabras: "Madre mía: en nombre del cielo le pido á vd. perdón. Compadézcase vd. de una hija que la ama con la ternura de su corazón, y que por lo mismo es más desgraciada en su misma culpa. Yo voy á hacer pedazos el alma de vd. confesándola que amo á Eugenio. Tengo fe en las palabras de vd., creo en vd. como en Dios, y sin embargo la flaqueza de mi espíritu no ha podido comprender cómo este joven sea responsable del defecto que se le imputa, ni aun cómo este defecto sea defecto, ni degrade su carácter. Dios me es testigo de todos los esfuerzos con que combato esta fascinación, esta cosa que tengo dentro de mí, que yo conozco, y que siento que es más poderosa que yo. Yo invoco la religión, el auxilio de mi confesor, y mi amor á una madre tan querida: no quiero, no, no quiero amar, y sin embargo no sé cómo llamar lo que siento: acaso es una enfermedad de mi sangre, de la que yo misma soy la primera víctima, porque preveo que no podría sobrevivir á la desgracia de dar á vd. una pesadumbre; pero no soy yo, madre mía, es un poder irresistible que me arrastra á mi pesar, que no comprendo, ni puedo vencer. Madre mía, esta hija infeliz, no se propone más que besar las plantas de su madre que adora; pero amo á Eugenio, y si éste apareciera al momento de consagrar á otro hombre mi mano y mi destino por cumplir la voluntad de vd., no puedo

responder de mis acciones, porque no sé que sería de mí."

Eugenio da un grito de espanto; con los cabellos erizados, se adelanta á echar unos ojos descarriados sobre el papel. No, exclama, todo eso es falso, yo la saqué con violencia; yo la he asesinado, yo soy reo de muerte. Esa no era la letra de aquella desgraciada niña.

—Su madre, dice el magistrado, la conoce mejor que tú.

—Sí, dijo descubriéndose, la señora que le acompañaba. A su vista, el joven cayó sobre la tarima de un altar que había en la pieza, mirando con los ojos fijos y con una boca de insensato á aquella señora, que le hablaba de esta manera.

—La culpable soy yo, porque declaro que mi hija amaba á vd.: vd. ha poseído á mi hija, ella ha muerto de vergüenza y de la memoria de su madre, en los brazos de vd. Yo no me podré explicar el golpe de su frente y la rotura de sus vestidos; pero no es obra de vd. Usted no es reo del crimen de que se acusa: vd. ha sufrido mucho, lo veo; pero espera vd. en la muerte cesar de sufrir. No, señor, vd. amaba á mi hija: es preciso que vd. me ayude á llorar su pérdida. ¿Qué cosa son las agonías del suplicio, al lado del suplicio que desgarrá todos los días y todos los instantes el corazón del ser que ha perdido al ser que amaba? Señor, vd. quiere morir.... No.... yo también



llamo á la muerte, yo la invoco, que venga á terminar este infierno que me destroza sin acabar conmigo.... No.... viva vd.: ha de vivir vd., pues que yo vivo, y llevo en mi alma todo lo que la muerte tiene de más atroz. Denme á mí ese patíbulo con todas sus agonias y con toda su afrenta.... yo soy quien mató á mi hija.... yo conduje por la mano á mi hija á la prostitución.... Caiga la infamia sobre mí y envuelva mi memoria, más que la tierra que ha de sepultar mi cuerpo, si tierra todavía ha de haber para una infame..... no..... no..... entréguese mi mano parricida á la voracidad de las aves inmundas; pero venga ese cadalso, venga.... hija.... la hija de mi corazón.... éste es su pelo.... éste es su anillo: tómelo vd., señor, es su anillo de boda; sólo este pañuelo es mío.... es suyo... ella fingió olvidarlo la noche que me abandonó para siempre.... sus manos temblaban al tomar la resolución de dejar á su madre: yo lo veo agitarse.... veo impreso en él el temblor de sus manos.... hija.... hija de mi corazón.... que á pesar de tu ingratitude, volvería á parirte, volvería á pasar estos tormentos porque tú existieras, por verte un instante.... aunque despreciaras á tu madre y me llevaras al cadalso, como te viera yo dichosa!

Y la señora arrojaba el anillo á la cara de Eugenio: y siendo sus discursos más y más insensatos, la desgraciada fué condu-

cida de allí al hospital de San Miguel á terminar sus días en la sección de los dementes.

En la toma de Granaditas se veía un joven con la tea en una mano y el sable en la otra, abrirse paso por entre la mezcla, adelantarse el primero salvando ruinas y cadáveres, sin cuidar siquiera de ser seguido, ni alentar á los suyos. Sus golpes eran seguros, y el peligro le respetaba. En Aculco, en las Cruces, salía siempre de la refriega cubierto de sangre y de polvo, y parecía que salía victorioso á su pesar. En Calderón se le veía correr sólo á la pieza de artillería que más vomitaba sus fuegos; no conseguía más que verla abandonada de los artilleros, que dejaba tendidos unos al pie de las ruedas, y porque obligaba á los otros á tomar la fuga. No llamaba de los suyos para conducir la pieza, porque no buscaba trofeos. Corría á otra para repetir lo mismo: se le creería un león desatado, sembrando el terror en medio de la batalla, más temido en todos los puntos que la carga de un escuadrón. La muerte buscada y desafiada por él, se veía obligada á pasar á las filas de los enemigos. Herido gravemente por una metralla, y abandonado en el campo, cayó prisionero en poder de los españoles.

Una tarde, en la primera de las ejecuciones que se hicieron en el costado sur de la alameda, (bautismo de sangre que reci-



bió Guadalajara de las manos del general Don Félix María Calleja) venia Eugenio, más bien arrastrado que conducido, teniendo una pierna hecha pedazos. Vuelto de espalda para ser fusilado como traidor, quedaba de frente á la pared del jardín de la familia de Rosa. Al levantar los ojos á una puerta que le era bien conocida, apenas pudo decir: "Rosa, vuelvo al punto donde me reuní la primera vez contigo; llévame tú ahora adonde te hallas," y fué derribado por las balas. Todavía existen en el muro las huellas de las que atravesaron su cabeza. Aquella noche fué espantosa en Guadalajara: mas aquella noche y otras que se le parecieron en el discurso de once años, terminaron para el Criollo con la aurora que brilló en Iguala el 24 de Febrero de 1821.



Don Juan de Escobar.

ANÓNIMOS.

En las doce del día del quince de Mayo de mil ochocientos veinte, cuando estaba echando la casa contra que daba una de las aceras de la calle de México de Puebla, caminaba por ella un anciano caballero con zuma para ir a dar a un arroyo de esta ciudad en busca y como antes de ir a dar a él se detuvo un momento en aquel tiempo de cuando se encontraba en una casa, cuyos arroyos estaban en la parte inferior de sus montañas; de un largo chaleco de seda con un botón de concha; calzaba con sus zapatos de un solo color; media de...